

Edgardo Garrido Merino (1)

El Cristo que fué árbol



A colina era suave y henchida, como un seno en primavera. Abajo,—estampa lejana y descolorida—apretábase el burgo, ceñido por un murallón de ladrillos, que el alarife dejó en carne viva. En el aire del cielo, sereno en su quietud de esmalte, como un cálido azul de cerámica, elevábase al atardecer el polvo del caserío, transfigurándose en una nube de contornos quiméricos.

Desde lo alto oteábase el pueblo con sus torres cristianas y sus chimeneas: mancha oscura y hormigueante en medio del regazo de un valle.

Allí en la colina todo era claridad y silencio; un silencio de paraíso, hecho de gorjeos y rumor de hojas. Arbustos de tierno ramaje escalaban el collado y vertientes de vena mansa y clara fluían entre las peñas aterciopeladas de musgo. Era un remanso de soledad, rincón de paz geórgica, que contrastaba con el hervor de pasiones, demasiado humanas, que inquietaban a los hombres de abajo.

(1) Nació en Valparaíso en 1896 y ha vivido largamente en España. Su novela, de ambiente español, «El hombre en la montaña», obtuvo el Premio «Roma», en 1934. Alcanza en ella un real virtuosismo estilístico, más próximo a la plástica que a la penetración de los caracteres.

(2) Inédito.

Los domingos,—horas de sol en la semana gris—algunos soñadores ascendían a la verde colina como un reguero de hormigas. Iban a buscar un momento de alegría bucólica, de serenidad campesina, para convertir esa sensación apacible y fugaz en el milagroso grano de mostaza de la parábola.

Pero un día dos hombres rubios y altos, forasteros en el pueblo, miraron hacia ese verdor lejano, suspendido en el horizonte como en un espejismo de magia.

Treparon a la colina con andar rítmico de atletas, más por afán de ejercitar las piernas que por un goce del espíritu. Llegaron a la cima, junto a un viejo roble de ramas desgajadas, en cuyo tronco los enamorados habían grabado fechas y nombres. Pero el árbol augusto y solitario no les atrajo la mirada. Sus ojos azules y vivaces brillaron escrutadores y sus bastones, con cuento de hierro, hurgaron entre las piedras.

Hicieron exclamaciones de asombro, y la sorpresa del hallazgo acentuó en ambos rostros un gesto de aves de presa.

Por la emoción y el regocijo, uno de ellos había dejado de apagar su pipa; pero volvió a encenderla para dejarla humear en el aire diáfano, oloroso a hierbas.

Se inclinaron para recoger algunos guijarros, que ocultaron en sus bolsillos, y, furtivamente, sin mirar al cielo, curiosos de aquel sendero rojizo y pedregoso que se escurría bajo sus plantas descendieron al pueblo con los ojos iluminados de codicia.

Los extranjeros habían descubierto un mineral, cuyas ricas entrañas ocultábanse tras el verdor de la colina. Desde aquel momento todo el pueblo miró hacia arriba, en una aspiración de oro, electrizado por una misma ambición. Ya nadie, salvo algunos poetas y enamorados, admiró la belleza de aquel paisaje virgiliano. Se le miraba ahora con un deleite avaricioso, para forjar quimeras y amontonar caudales de cifras en la imaginación.

Se organizó la empresa explotadora, y pronto subió a la colina un ejército de hombres con arrestos vandálicos.

A golpes de hacha cayeron talados los bosquecillos rumo-

rosos; los pájaros huían en locos vuelos, arrojados del paraíso, como si les persiguiera una tormenta, y las piedras, arrancadas y removidas, cegaban las vertientes.

La colina humillada, pisoteada, ultrajada, perdía su esplendor para trocarse en un montón de tierras rojizas y piedras oscuras.

Fué una fiebre de destrucción. Donde los castaños ofrecían sombra, se hicieron terraplanes; en los umbríos rincones en que brotaban veneros de agua, se cavaron negros pozos, y los carriles de un tren minúsculo—tren destinado al transporte de mineral—trazaron sus férreas rayas paralelas sobre el lomo del collado, hoyando el suelo antes florido y ennegreciéndolo con la carbonilla de las máquinas.

El cielo azul se emborronó de humo, y su silencio se rasgó como un papel de seda, con la vibración de gritos y silbatos.

Los hacheros, que hicieron leña de las arboledas, y los mineros, que volaron a dinamitazos las grutas naturales, refugios de amor en las tardes de estío, acabaron su obra prendiendo fuego a las malezas. Después del incendio, quedó la tierra yerma, carbonizada, muerta y reseca en el negror de sus cenizas. Tan sólo el roble de la cima se salvó, por orden del ingeniero. Aquel árbol robusto, con dos ramas abiertas en cruz, serviría para amarrar los hilos del teléfono.

A golpes de hacha le arrancaron las hojas, y quedó así desnudo, estrangulado por los alambres, como un mártir en aquel calvario de desolación. La arteria de agua clara que rumoreaba junto a sus raíces fué desviada en su curso, y pronto se encontró solo en el sequedal, recibiendo en carne propia la quemadura de los carbones encendidos, que abrían llagas en su tronco.

En las extremidades de sus ramas, cortadas en muñones, brotaron algunas hojas en la primavera; dos ramilletes tiernos que semejaron dos manos tendidas al aire. Y cuando vino el otoño, las hojas áureas, crujientes, enrojecidas del sol que moría en

ellas, le abandonaron, sacudidas por la brisa, como si jugasen a ser pájaros.

En el invierno ya había muerto. De pie, rígido y seco, yertas las raíces, momificado en su savia, restaba como un leño gigantesco.

Pero las piedras de la colina habían mentido, y el oro soñado no era sino una ilusión.

Los mineros abrieron mil tajos en la tierra, socavaron ocultas galerías, buscaron como topos el filón escondido. Pero todo aquel esfuerzo que costaba vidas, que encendía odios y más de una vez manchó las manos de sangre, fué estéril. El tesoro era menguado en proporción a los sacrificios.

Tres estaciones habían transcurrido y ya el desaliento iba de boca en boca. En el pueblo se hablaba del mineral como de un pozo maldito que se tragaba vidas y capitales. Unicamente los extranjeros, que descubrieron el supuesto tesoro, supieron enriquecerse con el delirio de los ambiciosos.

Aquella cumbre arrasada, abierta en cráteres, simbolizaba la ruina de muchos. Y los ojos se volvieron hacia arriba y las manos se crisparon en amenaza.

Finalizaba el invierno. La mina había sido abandonada, y un silencio de muerte se cernía en la colina. El tren minúsculo ya no corría por sus rieles, ni el pitazo de los capataces silbaba en el espacio. El cielo volvía a ser puro y diáfano y la tierra ennegrecida y costrosa parecía reposar aletargada, sangrando aún por sus flancos heridos.

Un hombre y una mujer subieron al yermo. Quedaban todavía en lo alto, herramientas, cajas de dinamita, vagonetas y material de trabajo que era necesario cuidar. En una caseta vivieron como una pareja primitiva, sin más compañía que un perro.

Ella era joven, suave, blanda y muy risueña, por lo que parecía alegrar el páramo con su presencia. El era fuerte, rudo,

poco comunicativo. Tenía el alma huidiza y arisca de los seres habituados a largas etapas de soledad.

En las noches encendían una hoguera y a su luz crepitante, que elevaba al cielo una constelación de chispas, hablaban en voz queda. Era como si la quietud de la alta noche, en el erial, les inmovilizase, compenetrados de su aire de muerte, como viven los presos en las islas desiertas.

—La mina ha sido una mentira—decía él—¡Cuánto dolor, cuánta esperanza truncada, cuántos sueños deshechos representan estas piedras!

—¡Y pensar que un año atrás todo esto era un vergel, con sus árboles, sus arroyos y sus pájaros!, añadía ella.

Y abrumados por la idea de aquel fracaso, quebraban el coloquio con pausas emocionadas.

Una mañana, el hombre escaló por las breñas hasta llegar a la cima, en que se erguía la silueta desnuda del viejo roble. Llevaba consigo el hacha, dispuesto a derribarlo, a fin de hacer leña para sus hogueras.

Cortó los alambres y vió cómo la madera quedaba hendida, donde el hilo del teléfono se estremeció de palabras. El roble abrió sus dos ramas, rectas y casi horizontales cual si remedase una cruz.

El hombre tuvo una visión creadora. Entornó los párpados y se replegó en sí mismo, vibrando con un ansia interior, desconocida. Recordó la iglesia del pueblo, con su nave de piedra, en cuya oquedad resonaban los pasos. Al fondo, bajo el rosetón de un vitral que encendíase al sol como un arco iris, estaba el Cristo milagroso; viejo Cristo de talla, crucificado en los maderos, con sus negros cabellos humanos, el rostro surcado de lágrimas de sangre y los ojos de cristal, empañados por la agonía. Un imaginero del siglo XVII había tallado en madera aquel Señor trágico y ensangrentado que lucía en los labios una luz de ira divina.

En su alma prendió una chispa de inspiración. Aquel roble

solitario, erguido en la colina como en un Gólgota, era carne modelable para un escultor. Le movía el impulso obscuro, milenario, de hacer imagen el pensamiento; sentido de expresión que animó la mano del hombre primitivo al dibujar en su caverna.

Amarró una cuerda, trajo una escala, y a golpes de hacha, en grosera modelación, fué esculpiendo la imagen de un Cristo. Las ramas fueron los brazos en cruz, y la cabeza del Crucificado emergió del tronco en bárbaro relieve. Era algo ingenuo, grotesco, pero infundía una emoción de respeto. Donde hubo pequeñas ramas perduraban heridas, que fingían las llagas del Redentor; una brecha del tronco, en la que ahora andaban las abejas, simulaba el lanzazo de Longino.

Sudoroso, jadeante, revueltos los cabellos, en los que cayeran astillas, contempló su obra. Era una escultura informe, más bien adivinada en el bosquejo de sus torpes líneas, sin facciones, sin detalles, ni arte, pero que movía el corazón a sentimientos de fe.

El pensaba que todos los viejos Cristos de las iglesias eran leños esculpidos y pintados que habían sido árboles en su primera encarnación. ¿Qué importaba, pues, que su obra no estuviese a la altura de su ideal, y tan sólo quedase como un intento entre la Naturaleza y el arte?

Sobre el dolor de la mina abandonada, triunfando de los odios y desánimos que engendró el fracaso, el roble hecho Cristo por sus manos ofrecía a los ojos la bondad apaciguadora de su imagen.

Desde aquel día, el hombre y la mujer se sintieron menos solos, pues la figura del Cristo-árbol les amparaba desde lo alto del yermo.

Venía la primavera. El sol festoneaba de oro la nube que ascendía del caserío, y los atardeceres hacíanse calmos, dilatados, con un aliento de vida nueva en la atmósfera.

Una vena de agua tornada a su cauce, al remover el hombre

las piedras de una excavación, fué filtrándose lenta y soterradamente en el pedregal de la cima hasta llegar a las raíces del árbol muerto.

El sol infundía calor a la imagen y ponía destellos de bronce en la cabeza toscamente labrada.

El Cristo informe oyó la hora de su resurrección. Comenzó a sentir el latido de la sangre en sus venas; como un resurgimiento de la vida aletargada en su médula.

Era la savia del roble que fluía de nuevo al tronco y las ramas.

Una tarde, al resplandor violeta del crepúsculo, que parecía poner en el cielo litúrgicos cendales, el hombre y la mujer ascendieron a la colina. Del llano, en un revuelo alígero, venían los sonos de campanas tocando a vísperas. Graves unas, claras y vibrantes otras, en una rumorosa canción de bronces.

Se detuvieron sorprendidos en el estupor de un milagro. Como si una luz imprevista les hiriese las pupilas. Y con el alma transparente de gozo vieron cómo la frente del Cristo se abría, brotando de ella un mechón vegetal; cómo en las llagas de los brazos nacían yemas tiernas, hojitas suaves y menudas que temblaban en la brisa.

El Cristo bárbaro se dulcificaba en verdor, volvía a ser árbol, en una redención de sí propio. Era el perdón de su belleza y de su sombra sobre la colina asolada.

La frente de la imagen se coronaba de hojas nuevas, y las abejas, despiertas por la primavera, trocaban la llaga del costado en un panal de dulzura.

Y así, realizado por la Naturaleza el divino milagro, ante el asombro del hombre y la mujer, retornaron al árbol los pájaros del cielo para cantar sobre sus brazos en cruz.